

MAXIMILIANO

A MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME

I

Maximiliano de Hapsburgo
 Rige el Lombardo-Venetto,
 Porque Austria impone á la Italia
 Sus hombres en el gobierno.
 Es gallardo el archiduque,
 Joven y de gran talento,
 Avezado á las borrascas
 Del mar, que por mucho tiempo
 Cruzó en todas direcciones
 Visitando extraños pueblos.
 Tiene los ojos azules,
 Tan azules como el cielo
 Y es tan rubio que semejan
 Reyes de sol sus cabellos.
 Fina y espesa la barba
 Se le parte por enmedio
 Y le baja hasta los hombros
 Libre dejándole el pecho.
 Vástago de Carlos Quinto

Y agnado á su trono excelso,
 Siempre lleva el toisón de oro
 Ornando el erguido cuello.
 Es con las damas galante
 Y dadivoso en extremo,
 Con sus iguales altivo
 Y con los súbditos tierno.
 Adora las bellas artes,
 Y como amigos discretos
 Le acompañan sabios libros,
 Cuadros de grandes maestros
 Y estatuas en que palpita
 El alma del gusto griego,
 Y cumplido y caballero,
 Y juntos en su semblante
 Brillan conquistando afecto,
 La juventud, la nobleza
 Y la magestad y el genio.

II

En una tarde de Mayo
 Tranquilos el mar y el cielo,
 Maximiliano va solo
 En sus jardines amenos,
 Cruzando por las callejas
 De castaño y de almendros.
 Lleva la cabeza baja
 Absorto en mil pensamientos
 Y está su rostro tan pálido
 Que se le creyera enfermo.
 No ha recibido á ninguno
 De los hombres del gobierno,
 Ni ha de sus íntimas cartas
 Los blancos sobres abierto.
 Halla de pronto á su paso

Sentado en el césped fresco,
Sobre un banquillo de mimbres
Junto al tronco de un abeto,
A un hombre de blanca barba
Y escaso y cano cabello,
Vestido con traje humilde,
Pero limpio alegre y nuevo.
Sonríe Maximiliano
Gustoso de tal encuentro
Y brillan sus claros ojos
Con honda expresión de afecto.
—Señor, le dice el anciano
Con dulzura y con respeto—
¿Vuestra Alteza viene triste?
—Tienes razón, triste vengo.
—Lo sé que os conozco tanto
Como el que más,

—Bien lo creo:

No en vano mi augusta madre
Te nombró mi camarero
Siendo yo niño.

—Teniais

Seis años ni más ni menos,
Y desde entonces por nada,
Ni del mar en los riesgos,
Ni de la Côte en las fiestas,
Ni estando en extraño suelo
Os he dejado, ni es fácil
Que os deje, señor; os quiero
Hasta donde más alcanza
Querer un honrado pecho.
—Me ves muy triste....

—Os lo he dicho.

—Pues ríe de lo que pienso.

—¿Reír?

—Son cosas de risa.

—Todo en vos es de respeto.
—Oyeme y no me hagas caso.
—Señor, siempre os obedezco.
—Entre mil supersticiones
Una ridícula tengo.....
¿No ves en estos jardines,
En el palacio, en el templo,
En las salas de tertulia,
En el salón del Consejo,
En los anchos corredores,
En todo, en fin, lo que tengo,
A mi alrededor, no encuentras
Emes de mármol, de hierro,
De alabastro, de madera,
De granito?....

—Lo comprendo,

Es cifra de vuestro nombre,
Y cuanto mirais es vuestro;
Natural es que esté en todo.
—Es natural, pero pienso
Que tal letra es mi sentencia.
—Hablad, señor, no comprendo.
—Ni habrás de entenderme nunca.
¡Es un fatalismo necio!
Las emes me aterrorizan,
Sábelo, me causan miedo,
Y han de estar en todas partes
Mi espíritu entris'ciendo.
Moriré entre muchas emes,
—Perdón, señor, que no acierto
En qué podáis cuerdamente
Fundaros.....

—¡Presentimiento!

Sábelo y ríe, porque risa
Provocan y no respeto
Las vanas supersticiones
Cual estas que te refiero ...

¡Moriré entre muchas *emes*!
Tú lo verás....

Bajó el viejo
Los ojos y hondo suspiro
Dejó escapar de su pecho,
Y siguió Maximiliano
Esa frase repitiendo
Por las alegres callejas
De castaños y de almendros.
Lleva inclinada la frente,
Pálido está como enfermo,
Y están húmedos sus ojos
Tan azules como el cielo.

III

Pasaron e muchos años,
Y una mañana de invierno
Llegó en una barca iag'esa
A Miramar un viajero.
El mar estaba agitado,
Estaba plomizo el cielo,
Menudos copos de nieve
Bajando en alas del viento
Posábanse en las cornisas,
En las torres, en los hierros,
En las gallardas almenas
Y en el rico pavimento
Del legendario Castillo
Tan triste desde hace tiempo.
Pidió que le permitieran
El visitarlo por dentro,
Y acompañóle galante
Un hombre afable y discreto,
Blanca y poblada la barba,
Escaso y cano el cabello.

— ¿Vivís aquí desde cuando?
Interrogóle el viajero.
— V vo aquí... pero no vivo,
Que yo, señor soy un muerto;
Me tienen aquí enterrado
Entre lágrimas y duelo,
Desde que por negra suerte
Mi noble señor no ha vuelto.
Su santa y augusta madre
Me nombró su camarero
Desde que cumplió en la vida
Seis años ni más ni menos.
Le acompañé á todas partes,
Me quiso con hondo afecto,
Y una vez en sus jardines,
Allá en Lombardo-Veneto....
Me dijo.... Mas perdonadme
Que calle un rato, no puedo....
Las lágrimas me enmudecen...
Y de los ojos del viejo
Rodaron dos grandes gotas,
Iguales á las que el viento
Arranca por las mañanas,
En el rigor del invierno,
De los vetustos sabinos
Coronados por el heno.
Habló después; refirióle
La escena del jardín regio
Y así agregó conmovido
Al hablar estando trémulo:
No eran supersticiones;
Lo que me dijo era cierto;
¡Ha muerto entre muchas *emes*!
Fué de Miramar á México,
Imperio de MOCTEZUMA,
Que lo conquistó un guerrero
A quien llamaron MALINCHE

Los indígenas del suelo.
 Dos **MARISCALES** de Francia
 Le engañaron y vendieron;
 A Querétaro marchóse
 Reemplazándole en su puesto
Márquez, que según me dicen
 Le olvidó en el mayor riesgo.
 Jefe de los sitiadores
 Era **Mariano Escobedo**,
 Y cuando cayó la plaza,
 De **Miguel López** dijeron
 No sé qué cosas estrañas
 Que á darles fe no me atrevo.
 Cayó con sus generales
 En **Mayo**, y al poco tiempo
 Le fusilaron á **Méndez**
 Que le tuvo tanto afecto....
 Llamóse **Manuel Azpiroz**
 El fiscal de su consejo,
 Riva Palacio **Mariano**
 Fué á la plaza á defenderlo
 Con **Martinez de la Torre**,
 Abogado muy experto.
 Con **Miramón** y **Mejía**
 Fué á morir mi noble dueño,
 Y era un **Mejía** el **Ministro**
 De **Juárez** que en el gobierno
 Firmó la fatal sentencia
 Que me tiene en tanto duelo.
 1 **Monte mayor** se llamaba
 El capitán del ejército
 Que á su frente en el cadalso
 Hizo la señal de fuego.
 Ha muerto el principe en **Martes**
 Ya véis, señor si era cierto

1. El capitán Montemayor era natural de Monterrey. (N. del A.)

Lo que me dijo muy triste
 Allá en Lombardo-Venetto....
 Ha muerto entre muchas *emes!*
 Y jamás olvidaremos
 Que llamó cosas de risa
 A cosas de tanto duelo.
 Después sin decir palabra,
 El anciano y el viajero,
 Siguiéron ambos muy tristes
 Por los salones desiertos
 Del legendario **Castillo**,
 Tan solo desde hace tiempo.

PENSADOR Y HEROE

(27 de Abril de 1867.)

I

En medio de las angustias
Que sufre Maximiliano
De Querétaro en el sitio
Y en su ceatiso pensando;
Convoca á sus generales,
Los cuales le aconsejaron
Emprender una salida
Sin medir ningún obstáculo.
Miramón como Mejía,
Castillo como Arriano
Se lanzan con fiero arrojo
Al cerro del Cimatarío.
Aunque Castillo fracasa
De Callejas en los llanos,
Miramón que siempre lleva
La victoria de su brazo,
Aniquila al enemigo
Que retrocede espantado,
Y entusiasmado y enardece
A su joven soberano.

Méndez con igual arrojo
Obtiene vivas y aplausos,
Y una victoria segura
Sueñan lograr sus soldados.

II

Las tropas aniquiladas
En el enemigo campo,
De seguro no contaban
Más de trescientos caballos.
Los imperiales ignoran
Que á reparar tal fracaso
Vienen más de seis mil hombres,
De Sostenes Rocha al mando.
Alfistanse presurosos
Para combatir bizarros;
Miramón y Méndez quieren
Darles nuevos descalabros,
Y al encenderse los fuegos,
Cuando atronaba el espacio
La lluvia de proyectiles
Destrectores como rayos,
Vuelve Rocha la cabeza,
Y á los piés de su caballo
Se encuentra con un amigo
A quien quiere como hermano,
Y á quien todos lo respetan
Por pensador y por sabio.
—“¿Qué haces en tanto peligro,—
Le dice Rocha turbado;
“Vengo, hermano á tomar parte
“Como el último soldado,
“En este ataque que juzgo
“Decisivo en nuestro campo;
“Permiteme que mi rifle
“Lance su primer disparo

"A la vanguardia de todos
 "Los que tienes á tu mando."
 —"Ve á cumplir lo que me pide",
 Y si murieses luchando,
 "Sabrá agradecer la patria
 "Tu heroísmo noble y santo."
 Sin escuchar más palabras
 Se lanza el jóven bizarro
 Hasta las primeras filas
 Lleno de ciego entusiasmo,
 Y como un simple riflero
 Hace todos sus disparos
 Y combate hasta que Rocha
 La victoria conquistando,
 Recobra las posiciones
 Y pone su honor en salvo.

Lleno de polvo y de sangre
 Torna el joven denodado,
 A quien Rocha dice al punto
 Estrechándolo en sus brazos:
 —"Te admiraba como un genio,
 "Hoy te adm'ro como un bravo."

III

Era aquel joven, un indio
 De rostro expresivo y franco;
 En la tribuna un Demóstenes,
 En la campaña un Bayardo;
 Tierno y dulce con el pueblo;
 Soberbio para los altos.
 La juventud pensadora
 Tuvo en él Mentor y hermano;
 Pues como un padre la quiso
 Y la elevó con su brazo.

Hoy duerme el eterno sueño,
 Mas de la historia en los fastos,
 Son las letras de su nombre
 Como refulgentes estros.
 Era el honor de mi patria,
 Era... ¡¡Ignacio Altamirano!!

Febrero de 1893.

RECUERDOS DE MAYO

RECUERDOS DE MAYO

A MI ILUSTRADO Y MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA

Quando ya el cuerpo sustenta
Cerca de cuarenta Abriles,
Y ya pico en los cuarenta,
La memoria se alimenta
De recuerdos infantiles.

Voy á narrar una historia
Ojorluna en este mes,
Mes de recuerdos de gloria,
Es un hecho, una memoria
Que tiene algún interés.

Sano, fuerte y bullicioso,
Creyendo en muchas quimeras
Era yo un rapaz choso,
Como que estaba orgulloso
De mis trece primavera.

De' mundo solo sabía
Lo que á la inocente tropa
Enseña la geografía,
Que hay Asia, Africa y Europa
Y América y Oceanía.

Aunque estaban en fermento
Mis gases y mis ideas;
Juzgaba la historia un cuento
Y el amor un sentimiento
Que se apaga ante las feas.

Estudiaba sin desmayo,
Conversaba sin misterio,
Era por activo un rayo
Y así llegué á un mes de Mayo
En la época del Imperio.

El pueblo á Maximiliano
Le llamaba sin temor,
En estilo liso y llano,
En lugar de "soberano"
"Intruso y usurpador."

Los estudian'tes ajenos
A las pompas imperiales,
Escuchábamos serenos
Esos epítetos llenos
De resabios liberales.

En nuestros pechos ardía
La libertad como norma,
Como faro, como guía,
Eran nuestra idola ría
Los hombres de la Reforma.

A la estudiantina grey
Nada importaban la Corte
Ni los festejos del Rey;

CAPITULO ALFONSO PINA

Sabía solo que la ley
Andaba en P. so del Norte.

Por fin, en una ocasión
Se puso á prueba el colegio
Con una extraña función:
La solemne recepción
De un huésped preclaro y regio!

Cada cual se disponía
A la fiesta sorprendente
Que agitados nos tenía,
¡¡El Emperador vendría
A vernos el día siguiente!

Y era la fecha elegida
Una que en gloria reboza
De nuestra historia en la vida:
¡¡La que en Puebla dejó ungida
Con su triunfo Zaragoza!

Convenimos con recato
En conmemorar tal hecho
Dando al gobierno un mel rato;
¿Cómo? ¡¡Ostentando el retrato
De Zaragoza en el pecho!

Fué un complot hecho de buces,
Cada cual tendió la mano
Jurando por las tres cruces
Ser muy digno á todas laces
De llamarse maximiano.

Y en ademán decisivo
Que mi memoria no olvida
Juramos por el Dios vivo
Ponernos tal distintivo
A una señal convenida.

Llegó el momento anhelado,
Pusieron en un salón
Todo el colegio formado
Ya dispuesto y arreglado
Para la gran recepción.

Entra el monarca y atento
Saluda, suena un rumor,
Y en un solo movimiento,
Cada cual muestra contento
La efigie del vencedor.

—¿Qué es esto?—Maximiliano
Dice, y sin temer reveses
Un chico responde ufano:
“¡Un jefe republicano
Que derrotó á los franceses!”

El Director quedó mudo
Y los que estaban allí
Aute un responder tan rudo;
Sacó el príncipe un escudo
Lo dió al chico y dijo así:

“Vues'tra lealtad es notoria
Y yo la debo premiar,
De los héroes es la gloria
Y en el mundo y en la historia
La debemos respetar.”

Prodújose un gran rumor
Que retumbó como un rayo
Y aquel grupo encantador
En vez de “al Emperador”
Vitoreó “al 5 de Mayo.”

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

(RECUERDOS DE MI INFANCIA)

Allá en las horas más dulces
De mi fugitiva infancia,
Sirvióme de cuidadora
Una mujer muy anciana;
Con su rostro todo arrugas,
Su cabeza toda canas,
Y su corazón tranquilo
Todo bondad y esperanzas.

De noche junto á mi lecho
Mil historias me contaba
De geniecillos y ninfas,
De t a gos y de fantasmas.
¡Pobrecilla! cuántas veces
En estas noches amargas
En que repaso tristezas
En mi alcoba solitaria,
Al oír que de la torre
Vuelan en lentas parvadas
Las mismas horas que entonces
Pasé á su lado tan gratas,
He pensado en ella y visto
Llegar su sombra á mi estancia
Pretendiendo como en antes

Secar con cuentos mis lágrimas!
En cierta vez caí enfermo,
La fiebre me devoraba,
Y en mi delirio quería
Para volar tener alas.
"Dámelas tú"—grité altivo—
"Tú nunca me niegas nada."
—"Es verdad, nada te niego,"
Pero no sufras, ten calma,
Las alas que Dios te ha dado
Las tiene tu ángel de guarda
Esta noche se las pido
Y te las daré mañana."
Nunca le faltó manera
De responder á mis ansias,
Y siempre al verme llorando,
Con la paciencia más santa,
Me dijo tales ternuras
Que aún me conmueven el alma;
Ella, que al velar mi sueño
De punt llas caminaba,
Y porque rumor ninguno
A mis oídos llegara
Iba á rosegár el péndulo
De un viejo reloj de sala;
Ella, que jamás hubiera
Permitido á gente extraña
Lanzar un débil suspiro
A dos pasos de mi cama,
Que en balcones y rendijas
Cortaba al aire la entrada
Y por no causarme susto
Rezaba siempre en voz baja;
Una noche fué á mi lecho
Alegre y entusiasmo la
Diciéndome:—ven, despierta,
Ya es hora... no tardes... anda!

Sobrecogido de miedo
 Yo le pregunté: ¿qué pasa?
 —Ya lo sabrás cuando escuches
 El vuelo de las campanas,
 El tronar de los petardos
 Y el disparo de las salvas—
 Abrigado hasta los ojos
 Salí con la pobre anciana,
 Y en un sueño del paraíso
 Me fingió lo que miraba.
 Desde las enhiestas torres
 A las humildes ventanas,
 Lo mismo en extensas calles
 Que en las más estrechas plazas,
 Faroles y gallardetes,
 Banderolas y oriflamas
 Con los hermosos colores
 De la bandera de Iguala.
 Y al escuchar tan'os gritos,
 Tantos himnos tantas dianas,
 El rumor de los repiques
 Y el estallar de las salvas,
 En brazos de mi niñera
 Llore sin saber la causa.
 —Lloras de placer, me dijo,—
 Esta es una fiesta santa,
 La sola fiesta que alegra
 Mi corazón y mis canas.
 “Hoy es quince de Septiembre,
 Y en esta noche sagrada,
 Hace cuarenta y cuatro años,
 Si mi memoria no es mala,
 Un cura humilde en Dolores
 Hizo nacer á la Patria.
 Cuando era yo jovencita,
 Mi padre, que en paz descansa,
 Me traía de la mano

En esta noche á la plaza
 Para repetir con todos
 Los que aquí gozan y cantan,
 El grito de Independencia
 Que repercu'e en el alma;
 Mi padre, mi pobre padre
 Fué soldado de Galeana;
 Pero mire... allí está el héroe—
 Al é mis ojos con an'ia
 Y vi un inmenso retrato
 Entre lucientes guirnaldas
 Bañado por los reflgos
 De las luces de Bengala.
 Un rostro apacible y dulce,
 Una frente limpia y ancha,
 Una mirada de apóstol,
 Una cabeza muy cana...
 Era Hidalgo, el Padre Hidalgo,
 El salvador de la Patria!
 ¿Lo ves? me dijo temb'ando
 De regocijo la anciana...
 Sí, le respondí sintiendo
 No sé qué dentro del alma,
 Y entonces á un mismo tiempo
 Con las manos enlazadas,
 Nos pusimos de rodillas
 Llenos los ojos de lágrimas.

¡PATRIA!

A MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOSA

I

Ayer mi primógenita Conchí'la,
Alma en flor de mis dulces i usiones,
Me dirigió una carta, que está escrita
Con letras que parecen mosc rd: nes
No falta, por supuesto, el sobre:crito
Que dice- "A mi papa" -yo soy lo veo;
¡Buen chasco se pegaba el angelito
Si mand:ra su epistola al correo!
Con mucha gravedad he roto el nema,
Que, sin seguir la practica aceptada,
No es monograma, ni blasón, ni tema,
Sino un poco de goma mal untada.
El papel de la carta maravi la
Por su extraño dobles y su figura.
En sus mejores tiempos fue plani:la
De un cuad rno segundo de escritura.
Doy principio á leer y no comento:
"Mi querido papá, mucho te extraño;
Margot está muy gorda, y Juan conten'o,
Porque ha estrenado, al comenzar el año

Te vas á sorprender con su vestido;
No te quiero contar, son calzoneras;
Su sombrero jarano, y le han traído
Una de esas pistolas de . . . de veras.
No digas que te dije, si pregunta,
Porque si no, dirá que soy muy mala;
Ven á ver su pistola, si te apunta,
No te asustes, papá, no tiene bala.
Ya no te escribo más; en otro día
Seré tan larga como tú lo pides;
Adios papá, bendice á tu María . . .
Post-data.— Mi muñeca; no te olvides."

II

Al domingo siguiente, muy temprano,
Tomé asiento en un coche de primera
De aquel tren más inglés que mexicano
Que lleva á Veracruz, no á la frontera.
Dos horas de camino con el alma
Henchida por las gratas impresiones
De una mañana alegre y á "La Palma"
Llegó, como quien dice, en dosti ones.
Abandono el vagón, y lo primero
Que á mi vista en el campo se presenta,
Es Juanito vestido de ranchero
Tal y como la carta me lo cuenta:
Un sombrero jarano con tequilla,
Un freno á cada lado por chape'la,
Un ancho barboquejo con hebilla,
De cetro de venado la chaqueta,
Amplia la calzonera y con galana.
Botonadura; la corb ta suelta;
Al cinto la pistola en la canana,
La mano airosa ante la crin revuelta.
Espne'as de Am zoc, cuyos pavnes
Ni el tiempo borra ni el azdar malt ata;

Ostentando en sus mil incru taciones
 Gallardas cifras en bruñida plata.
 En el sencillo tuste, por adorno,
 Redondos chapetones cincelados,
 Y de la teja y la cabeza en torno,
 Anchos cercos de plata repujados.
 Cubierto el hombro por la manga oscura
 De paño azul y de olvidada usauza,
 Con fleco y con galón la embocadura:
 Fleco que al sol sus esplendores lanza.
 Y tal me pareció que revivía
 Con su traje y airoso continente,
 El tipo que mi ardiente fantasía
 Formara en mi niñez de un insurgente.
 Adelantó el caballo, mezcló un grito
 De júbilo con una cercajada,
 Y me puse á mirarle de hito en hito
 Fingiéndolo una sorpresa inesperada.

III

Después, cuando ya juntos caminamos,
 Hablábamos los dos de esta manera:
 (Antes debo advertir, que á lo que hablamos
 Puede ó no darle crédito cualquiera).
 —¿Por qué dices, papá que te parece
 Que soy un insurgente? di: ¿qué es eso?
 —Te lo voy á explicar, pero merece
 Un prólogo de amor ¿me das un beso?
 Hace ya muchos años... todavía
 El abuelito de que fuiste encanto....
 —¡Ah! sí, mi papá grande... No nacía.
 —¿Hará como cien años?

—No, no tanto.

Era el año de diez, han transcurrido
 Desde entónces acá, más de setenta....

—¿Serán doscientos años?

—¡Aturdido!

En nombre de tu edad, no hagas la cuenta
 Hubo por aquel tiempo una gran guerra:
 Luchaban los de aquí con los extraños
 Por quitarles el mando en esta tierra,
 Y fué tan grande que duró diez años.
 —Y quién ganó por fin?

—Poco me extraña

Esa pregunta de la cual me río;
 ¡Luchábamos nosotros contra España
 Y ganamos nosotros, hijo mío!
 Pero voy á decirte en breve historia
 Como tan noble triunfo conseguimos,
 Rogádotte la guarde tu memoria
 Por ser del suelo en que los dos nacimos
 Muy cerca de la hacienda, en aquel llano
 La iglesia desde aquí bien se divisa;
 Vive un amable cura muy anciano,
 Que los domingos viene á decir misa.
 ¿Ya lo conoces?

—Sí.

—Mucho cariño

Te profesa per cierto el buen abate....
 —Sí, ¿no sabes? me llama su buen niño,
 Y me convida pan y chocolate,
 —Pues bien de igual edad, con los honores
 Mismos que él tiene, amado por las gentes
 Hubo un cura en el pueblo de Dolo: es,
 Al cual debemos ser independientes.
 Era de nob'e corazón, y dijo:
 «Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo
 Por mi patria lo doy como buen hijo.»
 Era aquel cura ¡Don Miguel Hidalgo!
 Y sin más que su esfuerzo y su conciencia
 Que la alta voz del patriotismo escucha,
 Proclamó sin temor la Independencia

Y antes que nadie se lanzó á la lucha.
 Muchos le acompañaron, más la suerte
 Corresponder no supo á sus desvelos;
 Por darnos libertad halló la muerte
 Dejando en su lugar al gran Morelos.
 Era cura también de pobre aldea,
 Pero dotóle Dios de tal bravura
 Que era un rayo de Dios en la pelea
 El que manso pastor era de cura.
 Ejércitos formó, rompió muralhas,
 Hizo temblar al enemigo osado,
 Y en tres años ganó tantas batallas
 Que el mundo todo lo miró asombrado.
 —¿Ese llegó á ganar?

—Dios no lo quiso.

Murió sin desmayar altivo y fiero;
 Pero seguir luchando era preciso
 Y así para luchar surgió Guerrero.
 Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas
 El fuego celestial del patriotismo,
 Era un león nacido en las montañas,
 Que arrulló el huracán sobre el abismo,
 Modelo de valor sin arrogancia,
 Con un corto puñado de valientes
 Ejemplo fué de indómita constancia
 Y faro de las tropas insurgentes.
 ¿Entiendes lo que digo? Aquellos bravos
 Que, sin medir peligros, duelos, penas,
 Les dieron libertad á los esclavos,
 Rompiendo al oprimido sus cadenas;
 Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
 Todo lo grande y lo sublime entraña;
 Sin títulos, ni honores ni dinero;
 Sin más cuartel que el llano y la montaña
 Que siempre estaban en constante guerra
 Sufriendo los rigores de la suerte.
 Sin esperar más premios en la tierra

Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
 Con una manga tosca por abrigo,
 Con un nombre sin mancha por herencia
 Con su caballo por mejor amigo,
 Y por única fe la independendencia.
 Esos que tantos hechos ignorados
 Nos dejan para asombro de las gentes,
 Fueron del pueblo libre los soldados
 Y son los que se llaman insurgentes.
 Esta tierra que ves y en que tenemos
 Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,
 A su valor heroico la debemos;
 Nos la dieron su arrojo y su bravura.
 Este sol, estos campos, este cielo,
 Es todo nuestro con su honor ungido:
 Aquí naciste tú, nació tu abuelo,
 Y nací yo también; es nuestro nido.
 Es la gran madre y Patria se le llama;
 Nada en su bien te asuste ni te asombre;
 Su amor enciende la divina llama
 Que alienta y mueve el corazón del hombre.
 Más que en mí, más que en tí, todo el cariño
 De que fueres capaz, cífralo en ella,
 Y en tu inocente corazón de niño
 Brille ese amor como fulgente estrella.

IV

Después, al terminar nuestra jornada,
 Quedéme largo rato pensativo,
 Y dije á Juan, fijando una mirada
 En su semblante alegre y expresivo:
 —¿Ya ves por qué me gustas de ranchero.
 Grita, cual si te oyeran muchas gentes:
 ¡Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero,
 Y vivan los soldados insurgentes!

¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;
Yo su grito escuché con embeleso,
Y le dije: pues hemos acabado,
Te daré como epílogo otro beso!

1885.

A JUAREZ

Dadle á mi voz, del huracán rugiente
El poder no domado y estruendoso,
Que así quiero cantar de gente en gente
Las inmortales glorias de un coloso.

Si la muerte que á todos nos aterra,
Un trono sobre el ancho firmamento
Guarda á los semidioses de la tierra,
Juárez el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,
Bajo el dosel del azulado espacio,
Su alcázar infantil fué una cabaña
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero,
Por su oscuro nacer; del pueblo hermano;
La tez de bronce, el corazón de acero
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de Gloria
Estaban á su frente destinados,
Los grandes caracteres de la historia
Estaban en el suyo condensados.